

EL INDIOS ABSUELTO Y LAS INDIAS CONDENADAS EN LAS CORTES DE LA MUERTE*

Juan A. ORTEGA Y MEDINA

ACERCA DE LAS IDEAS que los españoles cultos o semiletrados se forjaron sobre América y lo americano lo sabemos todo o casi todo; pero no podemos decir lo mismo de la opinión que el pueblo (el Juan Español de entonces) llegó a tener en los primeros tiempos. ¿Qué imagen de las Indias y del indio tuvo un rústico español del siglo xvi? ¿Cómo llegaron a él los grandes y decisivos temas americanos? ¿Cómo vio estos temas, cómo les sintió y los recreó? A estas y otras preguntas parecidas intenta responder nuestro ensayo. Lo que también queremos destacar es que el perfil espiritual del indio que vamos a sacar en un primer plano, resultó mucho más familiar para su tiempo que la imagen que podían dar los cedularios, las codificaciones e inclusive las crónicas de Indias, por la principal razón de que los documentos tuvieron bastante menos público que los dramas y autos de la época. La visión escénica contribuyó mucho más que la escrita a forjar la conciencia popular española cara al indio. Se nos presenta éste, en suma, mucho más dotado de ser, más intencional y vividamente apresado en la literatura teatral que en la histórica; más asequible, más prójimo y cercano por vía escénica que por modo documental.

LA HISTORIA EN EL TEATRO

En el siglo xvi comienza a realizarse en la historia, como es sabido, un viraje decisivo. El Renacimiento logra que ésta deje de relatar el tema de Dios para expresar el del hombre. La política y la concomitante *razón de estado* ocuparán el vacío dejado por lo teológico, y el acontecer histórico, por

* Este ensayo fue escrito en el Seminario de Historiología que en la Facultad de Filosofía y Letras dirige el Dr. Edmundo O'Gorman.

lo tanto, descenderá del plano trascendental al de la modernidad e inmanencia. Por supuesto, la transición no es tan brusca: las viejas formas medievales históricas seguirán perdurando para expresar un mensaje distinto del tradicional: en cierto sentido así ocurrirá con el auto de las *Cortes de la Muerte*. Durante la Edad Media hubo un modo, entre otros, de relatar alegóricamente la historia: el *misterio* o *auto* semi-teológico. El acontecer de la historia se proyecta en escala jerárquica sobre el esquema cristocentrista; es decir, se proyecta subsumiendo todos los acontecimientos humanos a una instancia superior: la Redención.¹ En el tablado medieval adquiere la historia un formidable valor plástico e informativo, y los poetas, aislados o en cofradías, se dan maña para ordenar los sucesos históricos en torno a un sacramento o a un misterio, suprimiendo —a consecuencia del trasiego, y en función de la causa redentora y teológica— todo tiempo y, a veces, hasta todo espacio delimitados e históricos. En otros casos, y conforme pasan los años, al exhumar crónicas, leyendas y milagros, se les inyecta un tiempo y espacio históricos perfectamente sincrónicos, sin interpolaciones anacrónicas salvo en la tramoya. Siguiendo la tradición, ante el público campesino amontonado en las plazuelas españolas alrededor de los carros y catafalcos, o ante los espectadores ciudadanos apeñuscados en los corrales, se reviven historias y leyendas. Los autores del siglo xvi, y especialmente los del xvii, traspasan también la historia al teatro, la actualizan, y mediante el arbitrio escénico la ponen al servicio de una causa o creencia nacionales: a beneficio de su rey, de su país y de su religión. Los dramaturgos ingleses de la era isabelina, así como los españoles de la de los Austrias, recurrieron frecuentemente a la historia en busca de inspiración dramática y política. Shakespeare y Lope saquearon a placer las crónicas medievales y resucitaron poéticamente los acontecimientos pretéritos. En ambos autores, religión y política van de la mano. La historia salta al centro del escenario para ponerse al servicio de la gente en calidad de experiencia utilizable. Los espectadores se convertían con sumo gusto en actores apasionados: la plebe mosqueteril del patio y la pardilla de las plazas campesinas vivían la historia, tomaban contacto

con los temas vitales de su tiempo, se familiarizaban con ellos, los hacían sustancia de su vivir cotidiano.

LA FUENTE

En 1557 se imprimía en Toledo el auto de las *Cortes de la Muerte*, que Luis Hurtado de Toledo dedicaba "al invictísimo señor don Felipe, rey de España y Inglaterra, etc., su señor rey". Pero Hurtado sólo *prosiguió, agrandó y acabó* el auto, porque las *Cortes* habían sido comenzadas por Micael de Caravajal, natural de Plasencia y, a juzgar por su apellido, "marrano" o cristiano nuevo. En la *Dedicatoria* al rey Felipe se descarga don Luis de su vanidad, y nos confiesa que cayó en ella por el hecho de haber escrito y representado con anterioridad otras obras de ambiente más alegre y de tonos más festivos.² "Mas por vía de enmienda y consideración —escribe—, dio remate a [estas] *Cortes* que hizo la Muerte con todos los estados, con notable llamamiento, en este presente año [1557]; en las cuales —prosigue—, por apacible estilo y delicadas sentencias, cada estado será lo que la Muerte se le puede proveer y en sus cortes determinar." El nombre completo del auto es el siguiente: *Las Cortes de la Muerte a las cuales vienen todos los estados, y por vía de representación dan aviso a los vivientes y doctrina a los oyentes*.³

Como la *Danza de la Muerte*, de la cual proceden estas y otras cortes, el auto de Caravajal y Hurtado de Toledo viene a ser también una "especie de mascarada espiritual"⁴ en la cual comparecen y pleitean los diversos estamentos ante la Muerte. Se trata en esta pieza de presentar "el sentido de la fragilidad humana", "el dominio de la muerte sobre ricos y pobres" y "el pesimismo castellano, que encierra a la vez ascetismo moral y democracia igualitaria".⁵

El objetivo de estas *Cortes* responde a la vieja incitación medieval del sermón plástico, del ejemplo. La intención es moralizadora y aleccionadora: educar al pueblo en los principios fundamentales de la fe e historia cristianas. Chicos y grandes gustaban por igual de tales representaciones, y se deleitaban con los alardes de la complicadísima tramoya y aparajos, con los estampidos y rayos salidos de la caja de los

truenos, con los enrevesados juegos de poleas, que para deleite de los pasmadísimos espectadores subían o bajaban y cerraban o abrían nubes de las que salían legiones de ángeles y santos; otras veces se trocaba la visión celestial en infernal, y como por ensalmo brotaba de los más profundos infiernos de escotillón toda una espantosa pesadilla de demonios.

Nuestro auto no posee tanta riqueza, pero sí cuenta con lo suyo. Tienen las *Cortes* mensajes similares a los de la famosa *Danza* castellana: dolor humano ante el ineluctable morir, fugacidad de la vida, vida que no es sino máscara de un sepulcro o pudridero vital, carácter igualitario de todos los vivientes frente al terrible rasero de la Muerte, sátira social, crítica decidida de todas las injusticias sociales y alusión a la caduca edad del mundo y su próximo fin. Aparecen además en este auto las censuras anticlericales erasmistas, el sesgo satírico lucianesco pleno de humor y, como novedad curiosa, la condenación del protestantismo, de Lutero propiamente, "el hermoso Antecristo", como dirá la Carne (escena III).

Como ocurre con esta clase de obras, el auto de la *Cortes de la Muerte* cuenta también con figuras alegóricas y simbólicas, aunque no muchas, distribuidas en las veintitrés escenas que constituyen la pieza. Ésta está escrita en quintillas de ocho sílabas, sin ninguna variación métrica.

Lo primero que se nos ocurre es hacer un cotejo entre los personajes del poema medieval y los del auto, para que por comparación podamos ver las diferencias y los puntos de entronque. En la *Danza* desfilan ante la Muerte los personajes siguientes: el Padre Santo, el Emperador, el Cardenal, el Rey, el Patriarca, el Duque, el Arzobispo, el Condestable, el Obispo, el Caballero, el Escudero, el Deán, el Mercader, el Arcediano, el Abogado, el Canónigo, el Físico, el Cura, el Labrador, el Monje, el Usurero, el Fraile, el Portero, el Ermitaño, el Contador, el Diácono, el Recaudador, el Subdiácono, el Sacristán, el Rabí, el Alfaquí y el Santero. Se hallan, pues, representados en escala jerárquica medieval los personajes del mundo sin que falten por supuesto el judío y el árabe. Mucho mayor es el número de personajes que aparecen en las *Cortes*. Antes de Calderón, no hay en el teatro de la Península ningún caso parecido: ni la trilogía fantástica de Gil Vicente, ni

mucho menos obras coetáneas como el *Coloquio de la Muerte* de Sebastián de Horozco (1550-1580), en que aparecen la Muerte, el Papa, el Emperador, el Cardenal, el Caballero, el Escudero, el Fraile y el Labrador, o la *Farsa llamada Danza de la Muerte* (1551), de Juan de Pedraza, donde desfilan ante la Muerte el Papa, el Rey, el Pastor y la Dama, en tanto que sirven de fondo reflexivo la Razón, la Ira y el Entendimiento, o bien la *Farsa de las Cortes de la Muerte*, en la que dialogan fúnebremente la Muerte, un Poeta, un Viejo y un Galán, o por último la *Danza* de A. Lasso de la Vega, en la que platican los personajes de costumbre. Por lo que se refiere a *Las Cortes de la Muerte*, a continuación va el elenco, en el que podrá advertirse en qué consistió su novedad respecto a los autos anteriores:

MINUTA DE PERSONAJES POR ORDEN DE APARICIÓN

<i>Laicos</i>	<i>Eclesiásticos</i>	<i>Simbólicos</i>
Pastor	Ermitaño	Muerte
Caballero	Ángel de la guarda 1º	Dolor
Rico	Ángel de la guarda 2º	Tiempo
Milón	} <i>ladrones</i>	Satanás
Brocán		Obispo
Pobre	San Agustín	Mundo
Juan	San Francisco	Vejez
Casado	San Jerónimo	Juventud
Viuda	Santo Domingo	Culpa
Juez	Fray Remigio	Caronte
Letrado	Fray Macario	Cloto
Médico	Monja	Láquesis
Labrador		Atropos
Durandarte		} <i>Parcas</i>
Pie de Hierro		
Beatriz, <i>mujer mundana</i>		
Heráclito, <i>filósofo triste</i>		
Demócrito, <i>filósofo alegre</i>		
Cacique indio		
Indio [1º]		
Otro indio [2º]		
Otro [3º]		
Otro [4º]		
Otro [5º]		

Don Moysén	}	<i>judíos</i>
Don Farón		
Don Micén		
Jarique	}	<i>moros</i>
Arfaraz		
Vasco Figueyra, <i>cristiano portugués</i>		
Moza		
Auctor		

(El problema que nos presenta Lutero, en virtud de nuestra clasificación lo resolvemos poniendo a este personaje aquí, aparte, junto con los Procuradores, Asesores, Maceros y "Malditos".)

EL RELATO

Tendremos que pasar por él rápidamente, pues el objeto de nuestro estudio es la escena XIX, es decir, la de la presentación de los indios en las Cortes. Sin embargo, como no la podemos estudiar aislada, habremos de referirnos al desarrollo argumental de la pieza.

Consta el auto de las *Cortes de la Muerte* de veintitrés escenas o "representaciones". Hay un introito recitado por el Ermitaño, en el cual se pregona a los espectadores que la Muerte llamará a sus Cortes a todas las naciones y estados. La Muerte, dice el tétrico Ermitaño, "viene a hacer / Cortes y a acortar camino / a muchos que piensan ser / larga su estrella y su sino".

A oídos de la Muerte temporal ha llegado la noticia de que el linaje humano, harto de pagarle tan presto su tributo, protesta de la brevedad de la vida terrena; la Muerte convoca entonces a los humanos a unas Cortes generales en las que escuchará uno tras otro los agravios y quejas de los hombres. El Procurador de los estamentos pide en nombre de sus representados "aquella vida longeva" de la edad primera (esc. n); pero la Muerte le contesta, con respuesta medieval, que ella no es sino un bien, porque saca a los hombres "de la niebla oscura" para llevarlos al cielo. De esta suerte comienza el triste desfile de los vivos.

Pasa el Obispo en atuendo impropio de su oficio, y no le valen de nada sus quejas ante la Muerte; ésta arremete también contra él, con sátira erasmista, a causa del puñalico, del

roquete, del gorsalico labrado y de la barba de soldado (esc. III) con que se adorna el descuidado y guerrero celador de la grey. San Agustín, que está presente en las Cortes juntamente con otros santos, se siente obligado a intervenir, y le recomienda al castrense Obispo que practique las virtudes teologales y no pleitee ni litigue ni sea codicioso (*ibid.*).

Pasa a continuación un Pastor que, buscando una oveja descarriada, se topa con el "oscuro torrentero" de la casa de la Muerte, y despavorido pretende ponerse a salvo; mas no lo alcanza (esc. V).

Aparece el Caballero, armado de punta en blanco, arrogante y fiero, y en nombre del estado militar exige larga vida para todos los guerreros. La Muerte se lo niega y le aconseja que vaya mejor a pelear contra el mundo y sus vicios, y que se deje de guerras grandes y crueles; que se deje también de desollar a sus vasallos y que arremeta en cambio contra las "setas" de herejes (esc. VI).

Se acerca ahora el Procurador de los ricos y presenta su demanda de más larga vida para sí y los suyos; pero San Francisco de Asís, desde su sitial de juez, le espeta la respuesta eterna (esc. VII): "¡Ricos! Quiéroos avisar, / vuestra maldad sobrepuja / tanto, que querer pensar / ir al cielo, es entrar / la maroma en el aguja."

En su camino a las Cortes dos frailes capuchinos son asaltados y robados por dos ladrones, los cuales acusan a los frailes de "mendigones y bigardones" (esc. VIII). Esta escena es un interludio jocoso que los autores aprovechan para llevar agua a su molino erasmiano.

Tras la farsa cómica se presenta el Pobre, quien alega que, como lo es tanto, lo mejor será que la Muerte lo recoja; él no se cura nada del mundo, y estima el morir como remedio seguro. Interviene Santo Domingo y a modo de consuelo le aconseja que tenga resignación; que él le hace saber que la muerte le ronda y que a mano está ya el juicio final (esc. IX).

Tócale el turno a la Procuradora de las monjas, que en nombre de sus hermanas se queja de las "doscientas cirimonias" inútiles que tienen que aguantar en el convento, de la abadesa "necia, loca y desgraciada" que tienen que soportar, de los trabajos que nunca les escasean, de las molestias que

sufren por “la sarna y la tiña”. Insistiendo en sus críticas, los autores arremeten contra las monjas y las censuran porque desertan del coro y de las horas y abandonan la contemplación, porque afilan más que navajas sus lenguas y parlotean y se cartean de continuo en el locutorio, y porque cometen infamias peores (esc. x).

Por sus sufrimientos y su paciencia piden los casados menos severidad por parte de la Muerte, supuesto que ya en este mundo hacen mucha penitencia; pero la demandada les niega el favor y les recuerda que por la herencia de Eva les vienen sus trabajos y fatigas (esc. xi).

La escena xii sirve para criticar las costumbres de la época y zaherir los lujos, las modas, los afeites y la galanura falsa de las viudas. Es una sátira social contra las mujeres.

Confiado en sus tretas se presentan en las Cortes el Juez y el Letrado; pero sus marrullerías nada pueden frente a la Muerte. Ésta les dice cuán feliz sería el mundo si desaparecieran tantos leguleyos, y comienza a poner en práctica su amenaza empezando por ambos (escenas xiii y xiv).

Llegan los Médicos con sus lancetas, aljofainillas, sanguijuelas y purgantes; la Muerte casi ni escucha a esos “revolvedores de orinales”, y les quita la vida porque “ellos —dice— matan más que yo”. El seráfico San Francisco no puede disimular su cólera y los llama “gente malina”, engañadora, “homicidas del mundo” (esc. xv).

Cruza ahora la escena el Labrador, que se va lamentando con amargura de su perra suerte. Ante las Cortes dice que, pues él se afana y suda tanto para provecho de otros, justo sería otorgarle una vida más larga. La Muerte no le hace caso; Satanás tercia en el juicio para declarar que todos los labriegos son perezosos y ladrones (esc. xvi).

La escena xvii parece ser otra interpolación jocosa, jácara o paso intercalado para descargar la tensión. Rumbo a las Cortes pasan platicando e injuriándose dos rufianes y la hembra de uno de ellos. Con desgaire y lenguaje bronco de germanía discuten y nos describen a la tía de la pícara Beatriz, una tal Sancha la Cumplidera, contumaz carcavera que ni a la propia madre Celestina cede un ápice en achaques de cortesana alcahuetería.

Presentan luego sus cuitas los dos filósofos: el triste y el alegre. El Gran Lloraduelos (Heráclito) arremete contra la corrompida edad del mundo y contra el trastrueque horrendo de los valores: vileza por humildad, por bondad hipocresía, la necedad por lealtad, lo vulgar por filosofía... Los filósofos sienten que el mundo está al revés; todo él fantástico, vil, desvergonzado, codicioso e hipócrita, mundo lascivo y lujurioso, mundo de Mesalinas en lugar de Porcias y Lucrecias (esc. xviii). Resumiendo, todo el discurso es de melancólica añoranza de la Edad de Oro, de anhelada vuelta a los orígenes. Los plantos viene a ser un prenuncio de la escena xix, en la que los indios de América harán irrupción con aires de utopía condolidada. Mundo nuevo, subitáneo, puro, bucólico y nopalero (admirable sustituto este último de los pastoriles frutos de las robustas encinas). Es éste un mundo sin vanidades, de inocencia plena. Pero dejamos intencionalmente suspenso el relato para trasladarlo íntegramente más tarde.

En unas Cortes convocadas por una Muerte tan muerte y tan española como ésta, no podían faltar moros y judíos. Unos y otros se enzarzan en pintorescas controversias teológicas, de las cuales no salen muy bien parados Mahoma y los hebreos (esc. xx).

Carleando llega a las Cortes el Viejo, y pretende que la Muerte le alargue el plazo a cuenta de la experiencia vivida: no le valen razones y se lo lleva la Descarnada. Impetuosa irrumpe a su vez la Juventud, y en nombre de la "flor del mundo" expone su demanda: de nada le sirven sus arrogancias juveniles y sus fogosos argumentos (escenas xxi y xxii).

Por último, en apoteósico y gemebundo final de duelo, anuncia la Muerte a todos la inminente llegada del Anticristo, nacido en Babilonia; el descenso de Elías y Enoc, la muerte de ambos en lucha contra el Anticristo y la derrota final de éste por las huestes de San Miguel, el arcángel y alférez de Cristo (esc. xxiii). Acto seguido Satanás y Caronte pescan a Lutero por el cogote y se lo llevan al quemadero. Mientras tanto penetra el "Auctor", demanda la venia, se adelanta y recita unas quintillas de desagravio en las que solicita los aplausos y la benevolencia del público. La Muer-

te, empero, no se traga el anzuelo, y en adivinando el truco, agarra al auctor y se lo lleva también con los otros al "escuro".

EL TEXTO

He aquí ahora el texto de la escena xix, en la cual interviene el Demonio, el Mundo y la Carne, San Agustín, San Francisco y Santo Domingo, la Muerte y los Indios; éstos entran en escena tras un tañer de trompetas.

CACIQUE

Los indios occidentales
y estos caciques venimos
a tus cortes triunfales,
a quejarnos de los males
5 y agravios que recibimos;
que en el mundo no tenemos
rey ni roque que eche aparte
las rabias que padecemos,
y por tanto a ti queremos,
10 Muerte, dar quejas del arte,
pues tú sola, qu'es razón,
sabrás que siendo paganos
y hijos de perdición,
por sola predicación
15 venimos a ser cristianos;
como habrás oído y visto,
seguimos ya la doctrina
y la escuela y disciplina
del maestro Jesu-Cristo
20 *

Y estamos ya tan ufanos
con la merced singular
de habernos vuelto cristianos,
que a los altos soberanos
25 no vemos con qué pagar.
Mas qué casos son tan crudos,
tú, Muerte, nos da a entender,
que cuando a los dioses mudos,
bestiales, falsos y rudos
30 adorábamos sin ser,

ninguno nos perturbaba
de cuantos en nuestras tierras
ha pasado, ni pasaba,
ni mataba, ni robaba,
35 ni hacía crudas guerras.
Y agora que ya ¡cuitados!
nos habíamos de ver
un poco más regalados,
por sólo tener los grados
40 de cristiandad en tal ser,
parece que desafueros,
homicidios, fuegos, brasas,
casos atroces y fieros,
por estos negros dineros
45 nos llueven en nuestras casas.
¡Oh, Dios, y qué adversidades
son éstas! ¿No entendéis esto?
¡Pagar con mil crueldades
todas las necesidades
50 del mundo! Di, ¿qu'es aquesto?
¡Cómo! ¿Estamos obligados
que todo género humano
enriquezcamos? ¡Cuitados!
¿Y tras esto aperreados
55 y muertos de ajena mano?
¿No nos bástá proveer
las miserias de parientes,
las de hijos y mujer,
sino haber de sostener
60 las de todas esas gentes?
¿Quién nunca vido al inglés,
ni al húngaro, qu'es de porte,
ni al bohemio ni al francés,
ni español ni ginovés,

* Falta un verso en esta quintilla.

65 debajo del otro norte?
 ¿Por ventura han acabado
 todo el mundo despojar
 que cosa no haya quedado,
 pues que con tanto cuidado
 70 nos vayan allá a buscar?
 ¿Y cómo aquellas riquezas
 de aquella felice Arabia,
 Tarsis, Sabá y sus grandezas
 no han hartado las bravezas
 75 de aquesta rabiosa rabia?
 Los rubíes rutilantes
 de Narsinga tan reales,
 los zafires y diamantes
 ¿no han bastado a estos gigantes,
 80 sin buscar nuestros metales?
 Pues, mezquinos, ¿a dó iremos
 huyendo del mal gobierno,
 que más gente no enviemos,
 si a nuestra ley nos volvemos,
 85 a las penas del infierno?
 ¡Oh hambre pestilencial
 la de aqueste oro maldito,
 y desta gente bestial
 hacen tamaño caudal
 90 de tan malvado apetito!
 ¡Una cosa que les damos
 de buena gana o en paz,
 porque allá no lo estimamos
 en tanto, ni reputamos,
 95 por causar males asaz!
 Que aunque la India es tenida
 por simple, cierto no yerra
 en despreciarlo, y lo olvida,
 que al fin es tierra cocida
 100 en las venas de la tierra.
 ¿Qué campos no están regados
 con la sangre, que a Dios clama,
 de nuestros padres honrados,
 hijos, hermanos, criados,
 105 por robar hacienda y fama?
 ¿Qué hija, mujer ni hermana
 tenemos que no haya sido
 más que pública mundana,
 por esta gente tirana
 110 que todo lo ha corrompido?

Para sacar los anillos
 ¿qué dedos no se cortaron?
 ¿Qué orejas para zarcillos
 no rompieron con cuchillos?
 115 ¿Qué brazos no destrozaron?
 ¿Qué vientres no traspasaron
 las espadas con gran lloro?
 Destos males ¿qué pensaron?
 ¿Que en los cuerpos sepultaron
 120 nuestros indios su tesoro?

OTRO INDIO

¡Cómo! ¿Por haber venido
 a la viña del Señor
 a la tarde, es permitido
 que a los que él hubo querido
 125 roben, maten sin temor?
 Pues ellos han predicado
 que tanto dio a los postreros
 que en su viña han trabajado,
 como a los que han madrugado
 130 y salieron los primeros.
 ¡Que ley divina ni humana
 permita tales molestias!
 ¡Que una gente que es cristiana
 y que a Dios sirve de gana,
 135 la carguen como a las bestias!
 ¿Quién nunca tal vio, morta-
 [les?
 Me decid, que es compasión,
 ¡que se sirvan de los tales
 como de unos animales
 140 brutos y sin más razón!

CACAQUE

¡Oh, Partos, cuán bien cu-
 a Craso, aquel capitán, [rastes
 que por la boca le echastes
 tanto oro, que matastes
 145 aquella sed, y alquitrán!
 Desta misma medicina
 debiéramos, cierto, usar
 con esta hambre canina,
 tan fundada en la rapina
 150 y que tanto ha de amargar.
 ¿Qué locuras son aquésta?

¿Piensa esta gente en el suelo,
que del oro hace fiestas,
que ha de ir con la carga a

155 como galápagos, al cielo?

Pues tenemos entendido
que, si no lo renunciare,
que todo es tiempo perdido,
y perderá lo servido

160 si de tal carga cargare.

Por ventura, como acá
hay tanto y tan gran letrado,
otra cosa alcanzan ya;
pero a nosotros allá

165 así nos lo han predicado.

OTRO INDIO

También allá han voceado
que la ley y los profetas
penden en que Dios sea amado
y el prójimo no injuriado,

170 y éstas son las vías retas.

Pues ¿cómo es esto, Señora?
Y éstos apregonan vino
y venden vinagre ahora,
despojando cada hora

175 al indio triste, mezquino.

¿Cómo se puede sufrir
entre cristianos tal cosa
(ni aun bárbaros sé decir),
y la tierra no se abrir

180 en cosa tan espantosa?

CACIQUE

Imágenes de oro y plata
no hacemos, que hemos visto
que esta gente no lo acata,
antes lo roba, arrebató,

185 aunque fuese el mismo Cristo.

Venimos determinados
dejar los hijos y tierras,
y buscar ya, desdichados,
los desiertos apartados

190 do no nos fatiguen guerras;
donde no haya pestilencia

de oro, ni su maldad
que perturbe la conciencia;
donde justicia y clemencia
195 puedan tener libertad.

¡Oh tierra tan malhadada!
quédate allá con tu oro,
déjanos, desventurada,
pasar la buena jornada
200 sin tanta zozobra y lloro.

No nos robes el sosiego,
corazón y libertad,
pues están libres de fuego,
y jamás digas, te ruego,
205 ser hijos de tu maldad.

¡Cómo! Y por habernos hecho
tan gran merced en mostrarnos
aquel camino derecho
para el cielo, y tal provecho,
210 ¿se entiende que han de aso-

[larnos?

Tolomeo, que heciste
tan gran suma y tal conduta
de naciones, y escribiste,
di, ¿cómo no nos pusiste
215 en tu registro y minuta?

Antiguos que trastornastes
al mundo, y al retortero
le trajistes y pintastes,
¿y cómo nos olvidastes
220 (os pregunto) en el tintero?

¿Cómo no distes noticias
de nuestras tierras? (os pido).
Siguese que la malicia
destos males y cobdicia
225 más que todos ha sabido.

Pues date prisa a criar
mucho oro, ¡oh triste tierra!
porque te quiero avisar
que hay cobdiciones sin par
230 que te han de hundir con gue-

[rra.

Huye, pues, entendimiento,
por no contar más maldades
que de aquesta gente siento,
y aquel gran corrompimiento
235 de leyes y de bondades,
aquel lugar al terrero

con los que saben y entienden
que tienen oro y dinero.
¡Oh mi Dios tan verdadero,
240 y en cuántos modos te ofenden!

sus mujeres? ¿Qué locura
es ésta, y tal desventura
280 de tantas enemistades?

OTRO INDIO

No pensábamos allá
que había en el mundo gentes
tan perversos como hay ya:
todos los males de acá
245 nos fueron y están presentes.

¡Cuánto holgamos que pren-
ahora en tiernas edades, [dan,
nuestros hijos, maten, hiendan,
por que no sepan ni aprendan
250 tantos insultos, maldades!

¿Quién vio nunca en nuestras
[tierras
arcabuz, lanza ni espada,
ni otras invenciones perras
de armas para las guerras,
255 con que sangre es derramada?

Nosotros que ciertamente
nos juzgábamos dichosos
por vivir allá en Poniente,
do no hay estruendo de gentes,
260 ¡somos los más revoltosos!

CACIQUE

Antes creo, por pensar
que a ninguno mal hacemos
ni solemos enojar,
todos nos van a tomar
265 la miseria que tenemos.

Vayan a esas Amazonas,
que bien defícenden su roca
como varones personas,
y no a unas tristes monas
270 a quien todo el mundo coca.

¿Qué injuria o qué villanía
o qué deshonra o despecho
les habemos hecho hoy día,
por que tal carnicería
275 hagan en nos, como han hecho?

¿Robámosles por ventura
sus campos, sus heredades,

OTRO INDIO

Desa que llaman riqueza
esa gente tan sedienta
se cargue, y de su vileza,
que nuestra naturaleza
285 con muy poco se contenta.

A los que allá van tocados
de aquesa maldita roña,
carga de vasos precitados
do beberán los cuitados
290 aquel tósigo y ponzoña,
que nosotros no buscamos
más riquezas ni heredades;
con esto nos contentamos,
con saber que sojuzgamos
295 nuestras propias voluntades.

Y ésta tenemos allá
por muy gran filosofía
y cristiana. No sé acá
cómo no se siente ya;
300 cierto, sabello querría.

CACIQUE

¡Ay, que no vemos, cuitados
(como andamos con candiles),
que allá somos tan malvados
que por los nuestros pecados
305 vícnen estos alguaciles!

Ni carece de misterio
enviar siempre quien rija
nuestra provincia y imperio,
quien con tanto vituperio
310 nos gobierne y nos aflija.

OTRO INDIO

Pucs sólo resta saber
si en estas Cortes tan dinas
se pudiese proveer
cómo quitar el poder
315 destas gentes y rapinas;
y si no hay para qué,

y acomodación de lo indio en el auto se realiza sin violencias y sin explicaciones previas.

Por supuesto, lo anterior no excluye la curiosidad natural del pueblo, la desazón promovida por otra novedad que vamos a llamar física. Hay que admitir que efectivamente existió la expectación psicológica popular; mas no la conciencia histórica de ella. En definitiva, el indio podrá llegar a ser un ente nuevo en la escena, pero jamás lo será ante la mente del pueblo, que solamente lo podrá pensar en el carácter de ser que encaja por anticipado —digámoslo así— en un sistema.

ESPACIO Y TIEMPO

Como ya dijimos cuando escribimos acerca de la historia en el teatro, en los dramas y autos de corte medieval el espacio y el tiempo son metahistóricos, porque sólo así era posible que lo histórico no amenazase a lo transhistórico. La acción del drama —aquí, la acción de las *Cortes*— transcurre en la allendidad eviterna; peculiar mundo en donde las travesuras de los anacronismos se anulan. Filósofos griegos y Padres de la Iglesia pueden hacer acto de presencia en las mismas Cortes e incluso dialogar con los indios gracias a que las exigencias históricas reales quedan anuladas. Sin embargo, el tema indiano resultaba ser tan hondo, tan entrañable e histórico, que, ora entre líneas, ora abiertamente, la acción del drama baja al escenario histórico del aquí y del ahora: a las Indias, a América. El escenario se transforma en un *topos* utópico, en una tierra de nadie situada entre dos líneas: la perecedera y la eterna; entre cielo y tierra, entre lo real y lo ideal.

Al censurar el Cacique el anticristiano afán de riquezas, establece un paralelo entre lo que se les había predicado a los indios *allá* y lo que se entendía por ello *acá* (cf. vs. 161-165 y 296-300). Ambos adverbios aluden bien claramente a América y a Europa (esto es, a España). Es más, en ninguna escena se alude tan concretamente como en la XIX a un espacio y tiempo reales, históricos, americanos. Los apóstrofes de San Francisco y de Santo Domingo a las Indias (vs. 371, 391, 401-410) apuntan a un mundo concreto; los *allá* se repiten bastantes veces, y con frecuencia los míseros indios se lamentan

de los males que sufren en “nuestras tierras” (vs. 32, 45, 222, 251). El Cacique se refiere también a la simpleza de la India (v. 96), con lo cual se ve que el tremedal utópico indiano se concreta y asegura tantas veces como se hace necesario recurrir a la unidad espacio-temporal. Tenemos, por consiguiente, dos planos de desenvolvimiento dramático que se yuxtaponen e intercalan: el transhistórico y el histórico. El primero es el que hace posible la acción, el diálogo, el codeamiento de los personajes en un mundo sin tiempo ni espacio reales; el segundo plano resulta por fuerza sumamente concreto e histórico en la serie de alusiones. Ambos planos pueden entremezclarse dramáticamente y hasta confundirse, porque la fórmula ya señalada afianza la incommovible seguridad del esquema dogmático y evita el peligro histórico de una originalidad auténtica resquebrajadora del mundo conceptual católico.

IMAGEN RACIONAL Y SOCIAL DEL INDIO

Resulta ilustrador comprobar cómo los principales temas americanos prendieron no sólo en la conciencia de los españoles cultos y representativos del siglo xvi, sino asimismo en la conciencia vulgar y ruda. Las capas populares de la España habsburguiana toman contacto con aquellos temas, se interesan por ellos, los discuten, y se confeccionan su verdad merced al auto de las *Cortes de la Muerte*. Recuérdese que a comienzos del siglo xvii la carreta de Angulo el Malo recorría aún esos pueblos de Dios representando el auto y llevando el mensaje americano a todos los rincones de España. Los principales problemas que se refieren a las Indias y al indio se hallan incluidos en la escena xix del auto. Abordemos primeramente el que creemos esencial: el que se refiere a la entonces tan debatida cuestión acerca de la capacidad racional de los indios. Hay en las *Cortes* una doble respuesta: la implícita y la explícita.

Respuesta implícita.—Como ya dijimos, el Cacique y los indios aparecen en el auto codeándose con los filósofos y con los Padres de la Iglesia; siguese de aquí que la categoría humana del indio quedaba reconocida desde el momento en que

éste podía exponer sus cuitas y relatar sus lacerias en el mismo nivel humano que los demás personajes. Para la palurda concurrencia, la lección era convincente: aquellos indios occidentales representaban a los verdaderos que allá en las Indias convivían dolorosamente con los extorsionadores españoles. Pero la sencilla lección no se queda en esto; el auditorio ha oído, desde el introito recitado por el Ermitaño, que a las Cortes de la Muerte van a asistir todos los *estados* y *naciones* del mundo. Siendo así, veamos qué connotación poseían entonces tales palabras:

1) Entendíase por *Cortes* "el ayuntamiento y junta de los procuradores de las ciudades y villas que tienen voto para proponer y decretar lo que parece convenir al rey y al reino, y para concederle los servicios ordinarios y extraordinarios". En la *Nueva Recopilación de leyes del Reino* (lib. 6, tít. 7, l. 4; cf. *Diccionario de autoridades*, t. 2, p. 628) se lee al respecto: "Los procuradores que nos enviaremos a llamar para las vuestras Cortes ordenamos que sean enviados tales quales las ciudades y villas de nuestros reinos entendieren que cumple a nuestro servicio y al bien y pro común de las dichas ciudades y villas."

2) Por *nación* se definía "la colección de los habitantes en alguna provincia, país o reino" (*Dicc. de autoridades*, t. 4, p. 644).

3) Y por *estado*, dejando a un lado la acepción estrictamente política y también la que se refiere a los tres brazos de un reino, se concebía entonces "la especie, calidad, grado y orden de cada cosa; y por ello en las repúblicas se distinguen, conocen y hay diversos estados, unos seculares y otros eclesiásticos, y éstos los unos clérigos, los otros religiosos, y de los seculares propios de la república, unos nobles y caballeros, otros ciudadanos, unos oficiales, otros labradores &c., y cada uno en su estado y modo de vivir tienen orden, reglas y leyes para su régimen" (*ibid.*, t. 3, p. 623).

La rústica asamblea que presenciaba el auto poco o nada sabría de leyes, pero bien se le alcanzaba que a unas Cortes sólo podían concurrir hombres representativos y no bestias. Va de suyo que la asamblea teatral pueblerina reconocía en aquellos indios la calidad humana sin necesidad de discurrir sesudamente sobre los atributos racionales concedidos o regateados por sabios y teólogos. Al pueblo le bastaba con verlos sobre el tablado, moviéndose, razonando, teniendo "uso de razón". Si alguna duda pudo ensombrecer la conciencia labriega de la época, fue la de la reciente y dudosa conversión

de los indios; pero estos recelos, si los hubo, no ponían en tela de juicio la categoría racional de los indios. Hay, por último, un pasaje que francamente alude a la naturaleza humana de los indios (vs. 131-140).

Respuesta explícita.—Nada sabemos, por desgracia, sobre los ropajes que vestirían los cómicos encargados de representar los papeles de indios, pero sí conocemos por el propio auto las características que adornaban al americano. El indio que se representa es un hombre civilizado, el ser mansuetísimo, humildísimo, simplísimo y pacientísimo que Las Casas y los primeros escritores de Indias dejaron estereotipado. Si se recuerda que la *Brevísima relación* se imprimió en Sevilla en 1552, nada de extraño tendría cierta influencia de Las Casas en el auto, influencia que puede sopesarse con motivo de las lamentaciones de los indios por su mísera suerte. Pero no nos interesa ahora un estudio comparativo entre estos textos.⁸ Lo único que nos toca añadir es que el auto respondió muy bien al clima de su tiempo, a una de las corrientes interpretativas de opinión, en este caso popular, forjada por entonces en torno al manso, cándido y desgraciado indio. En resumidas cuentas, es el hombre natural, el hombre ajeno a las maldades de la férrea edad que atravesaba el mundo. Hombre exento de codicia y sed de oro (vs. 86-100), extraño a las crudas guerras (v. 35), inerme y dichoso (vs. 251-260), incapaz de hacer mal (v. 262), inofensivo (vs. 269-270). Este hombre pre-rousseauiano, feliz e inocente, vivía en un escenario natural e idílico, pero sin señal de barbarie o salvajismo. La discusión podía quedar bien entre teólogos y juriscultos, pero no entre aldeanos, para los cuales los alegatos y protestas de los indios eran razones lastimeras bien convincentes que de antemano concedían la categoría humana al plañidero; razones asimismo muy comprensibles, dado que se referían al eterno problema de las injusticias sociales, a la constante mancilla y opresión de los de abajo por los de arriba.

A este propósito, bueno será advertir que precisamente en las quejas de los indios contra sus explotadores se funden la vieja idea cristiana de la posibilidad de salvación para todos los hombres y la no menos rancia y castellana del rásero jus-

ticiero y popular, democrático e igualitario al que ya aludimos cuando nos referimos al mensaje social contenido en las *danzas* y *cortes* de la Muerte. Repárese también en que los indios protestan vivamente en el auto en nombre de su recién adquirida fe cristiana (vs. 36-45), cosa que resulta un tanto insólita porque la reclamación adquiere entonces un tinte novedoso que recubre el cuerpo tradicional; un matiz, pues, casi anti-aristotélico, y por consiguiente apuntado contra lo escolástico-tomista y contra lo aristocrático. Se trata, en suma, del rechazo del concepto teológico-social de siervos *a natura*: vino nuevo en los viejos odres, como lo es todo el auto, expresión nueva en el marco de lo medieval y habitual. La protesta, aunque realizada al modo tradicional, no deja de poner en duda, por el hecho mismo de ser expresada por los indios, la legitimidad del grado de servidumbre entre los hombres. Los indios reclaman justamente la igualdad del trato humano porque ya poseen la posibilidad de la igualdad trascendental. El espaldarazo de plena humanidad otorgado a los indios por la conciencia popular española (reflejada en las *Cortes de la Muerte*) es cosa que no puede ponerse en duda a la vista del auto.

Pero aún hay más: los alegatos de los indios se asemejan en su fondo social a los del Procurador de los labradores. La respuesta que se da a unos y a otros es la del camino tradicional de la resignación y de la alusión a la muerte liberadora y al inminente fin del mundo; sin embargo, Satanás no se recatará en llamar a los labradores ladrones, porque éstos a la hora de la cosecha dan "trechas de lo más sucio" para hurtar y evitar diezmos, terrazgos, soldadas y demás gabelas (esc. xvi). Y aunque los mesegueros replican a modo de defensa que a la hora de la cosecha "deben más que lo que cogen", San Jerónimo interviene para aconsejarles que tengan paciencia y disuadirlos de que quieran hacer pasar y valer sus afanes, trabajos y sudores por "martirio". Los labradores, naturalmente, ni siquiera intentan invocar, como lo harán los indios, su calidad cristiana como lenitivo y defensa de su situación social, y lo curioso es que los autores de la pieza se atrevieran a hacerlo imaginativamente situándose en la orilla utópica indiana y no en la real de España: lo que era fac-

tible realizar en el plano teórico no convenía aceptarlo en el práctico y menos expresarlo sin cortapisa en este campo. Labradores e indios podrán, pues, a causa de la igualdad trascendental, exigir un mejoramiento en la condición social; no obstante, son los indios los únicos que se atreven a hacerlo. A unos y otros se les aconseja paciencia y resignación, pero a los labradores se les increpará además y se les echará en cara con desprecio aristocrático sus latrocinios de grano. Condenación tradicional y caballeresca en defensa del *status* medieval de la servidumbre por naturaleza, de la cual se exime a los indios, siendo que, si lo hubiesen deseado los autores, habrían hallado sobradas razones no sólo para reducir a los indios a la servidumbre natural, como lo argumentaba pía y cristianísimamente el tomista Dr. Sepúlveda, sino también para rebajarlos incluso a la escala de la barbarie deshumanizadora.

DIALÉCTICA DE LO INDIO

En la escena XIX de las *Cortes de la Muerte* están representadas y se entrecruzan todas las corrientes conceptuales relativas al tema de la condenación o salvación del indio y de las Indias. Para decirlo con mayor precisión, se hallan en ella fundamentalmente dos corrientes de opinión: la tradicional y la moderna. La queja, el alegato indiano por el mal trato pertenece a la corriente popular (es decir, a la opinión creada por el propio pueblo español), cuyo origen se confunde en la vieja postura tradicional y cristiana: paciencia y resignación, felicidad ultraterrena a los que se hallan en la orilla redentora de la fe cristiana. Esta corriente nada tiene que ver con la defensa modernista del padre Las Casas, quien postuló un indio poseedor de suyo de ciertos derechos naturales con absoluta independencia de su regeneración cristiana. Las quejas de los indios pertenecen, pues, al plano tradicional, están dentro de él; la defensa del indio parte por consiguiente del supuesto tradicional, está montada sobre la plataforma cristiana. No será la defensa del indio en sí y por sí, sino la del indio hecho hombre por el único modo entonces posible de llegar a serlo: por la vía de la gracia, reconciliación y salvación en Cristo; un indio-hombre, cristiano, de carne y hueso,

es lo que se defiende, no la entelequia irredenta al modo lascasiano.

Ahora bien, lo anterior no quiere decir que los autores no hayan recibido cierta influencia de la literatura combativa del "conturbador" dominico. El tema de la destrucción de las Indias se presenta revestido de tal indignación adjetival, que desde lejos se percibe en ella la iracundia de Las Casas, aunque ya un tanto cernida y amortiguada. Asimismo, el retrato del indio manso y puro pudiera bien ser de inspiración lascasista, pero no hay que olvidar que desde las primeras cartas colombinas ésta fue la imagen indígena que se puso en circulación.

En tanto que los indios mantienen sus protestas en el plano tradicional-cristiano, sus acusaciones tienen sin duda una validez tremenda como conciencia acusadora; pero he aquí que, por artificio de los autores, la dialéctica de la queja se hace antitética, traspasa el plano cristiano y viene a situarse en el pagano desde el cual se intentará la apología del mundo idólatra americano y de la felicidad y hartura pre-cristianas. En suma, los indios intentan su defensa desde la acera gentil (vs. 26-35), y esto, naturalmente, les es negado de modo terrible. Acontece entonces que la *culpa* española (v. 244) se torna bumerang y regresa cambiada y maldecida como *culpa* americana (vs. 374-375, 391-395, 401-410); el colofón lo pondrá furibundamente Santo Domingo con la condena de las Indias. El dolor por el indio permanece intacto, pero indagando su origen se llega a descubrir que la causa del mal radica en las Indias y no en los españoles. Si la compasión española por el indio persiste, inquiriendo y profundizando se llega incluso a una condenación de la empresa española en América. Los absueltos serán los indios; la sentencia condenatoria caerá sobre América.

EVANGELIZACIÓN Y DESTRUCCIÓN DEL INDIO

De acuerdo con el concepto del buen indio, la evangelización se entiende como un acto reflexivo y voluntario de éste, "por sola predicación" (v. 14). Desde las primeras estrofas esto es lo que se adelanta a manifestar el Cacique en las

Cortes. Creemos, pues, que se trata de un hombre a quien se aplicó el método defendido por Las Casas contra viento y marea: “la persuasión del entendimiento y la invitación y suave moción de la voluntad”,⁹ lo cual, como se sabe, además de imposible nunca fue cierto. Esta inclinación, esta “suave moción” propugnada por Las Casas está discretamente aludida, según creemos, en la frase del auto arriba citada: indudable eco lascasiano. La influencia del dominico se demuestra también por las alusiones concretas a la destrucción de las Indias: homicidios, fuegos, brasas (v. 42), campos tintos en sangre de inocentes indios (vs. 101-102), hijas, hermanas y mujeres prostituidas (vs. 106-110), dedos cercenados para sacar más rápidamente los anillos de las víctimas (vs. 111-112), orejas y brazos cortados en busca de parecidas riquezas (vs. 113-115), vientres traspasados por las espadas españolas, que, como las romanas en el auto de la *Destrucción de Jerusalén*, hendían las barrigas buscando el oro en polvo comido (vs. 116-117). Más aún, la resolución de los indios de remontarse (en el auto nuestro de retirarse a desiertos apartados) y de abandonar sus hijos y sus tierras (v. 187), sus quejas por el mal gobierno (v. 82) y las no menos amargas por los desmanes de jueces y alguaciles (vs. 301-310), son demostraciones de que el horrendo tema de la destrucción de las Indias había llegado a ser una vivencia popular. Como se ve, en las *Cortes de la Muerte* no hay lenguaje cortesano sino popular, no hay discretas y sutiles razones metafóricas ni disfraz, sino los hechos mismos expuestos descarnadamente para que hieran honda y eficazmente la conciencia del pueblo de un modo indeleble y patético. Estas y otras cosas de menor importancia son las que distinguen a las *Cortes de la Muerte* de una obra como el *Villano del Danubio*, escrito elusivamente por fray Antonio de Guevara.

IMAGEN CAMBIANTE DE LAS INDIAS

Las Indias Occidentales se presentan como un mundo no previsto por las *autoridades*, en este caso “Tolomeo” y los “antiguos”, a quienes con un poco de sorna y un mucho de amargura se les reconviene por haberse dejado en el tintero

permanencia en ellas los corrompe y destruye. Éste es, por supuesto, uno de los biseles que presenta el tema de la degeneración, de la llamada "calumnia de América", de la inmadurez e inferioridad pecaminosa americanas. Pero esta vez se explica la causa de la decadencia: es el oro, el oro malvado, esa malhadada "tierra cocida", la causa de todos los males; por él la edad dorada fue destruida e implantada la de hierro; por ese tósigo y ponzoña despertóse la sed codiciosa de los españoles que vivían en las Indias. Santo Domingo anatematiza a las Indias por haber mostrado a Europa sus metales, después devueltos en males (vs. 391-395). Las Indias se convierten en placentera resbaladilla hacia el infierno, y San Francisco, que también sabe que el oro es el motivo, se indigna a su vez contra las Indias y las execra por ser la causa de "tanta multitud perdida" (v. 375). Ahora son las Indias condenación, obstáculo, estorbo para la virtud; ahora son "la mejor granjería de la región infernal" (vs. 417-418). Y para remachar más el clavo, dialogarán al final de la escena la Carne y el Mundo por vía de censura, según se imaginaban los autores, pero tal vez con resultados contrarios a los propuestos.

CONCLUSIÓN

En verdad que resulta extraordinario el haber podido comprobar cómo los grandes y primordiales temas americanos prendían en la conciencia popular española y cómo el tratamiento dado a ellos tendía a su divulgación y vulgarización. Los graves mensajes indianos llegaban al pueblo en forma y lenguaje sencillos y comprensibles. La autocrítica española, a veces feroz, no se había detenido en las cabezas teológicas y representativas, sino que había hecho llegar su exaltada *verdad* al corazón del pueblo. Autocrítica original como ninguna otra nación antes o después se ha dado el lujo de realizar, autocrítica además propia, española, cristiana y católica, preciosísima semilla histórica para todo el inmenso arcoiris de leyendas negras y de todos colores.

No sabemos de qué modo preciso hirieron la conciencia del pueblo español las corrientes de las cosas americanas; pero

justamente la escena XIX del auto de las *Cortes de la Muerte* es una vía de acceso o de enfoque popular de los temas americanos esenciales. Nuestro ensayo es, pues, un corte, una ventana para asomarse y ver por ella reconstruirse la opinión vulgar relativa a los problemas de América. Asistimos al espectáculo significativo que nos proporciona el pueblo español al acogerse a la postura tradicionalista cristiana y al rechazar la postura modernista apuntada francamente por el padre Las Casas; o, por mejor decir, vemos cómo el pueblo se desentendiéndose de algunos de los postulados lascasianos y se queda con los que no desvían ni dañan el patrimonio medieval de la cristiandad. Tal vez precisamente por eso resulta muy expresivo que sea Santo Domingo, el fundador de la Orden a que perteneció Las Casas, quien truena contra las Indias y las condena.

Con la escena XIX del auto, la conciencia histórica popular española pudo forjarse una concepción de las Indias: una imagen primero edénica, que poco a poco se va trocando en la antítesis demoníaca y negativa. Claroscuro condenatorio y conceptual sobre América que bien serviría para quitar de las cabezas ilusionadas los ensueños y aspiraciones a un mundo mejor y muelle.

Asimismo, el vulgo español tomaba contacto, si no con el indio de carne y hueso, por lo menos con un trasunto idealizado. Copia falsa evidentemente, pero verdadera en la conciencia viva del pueblo durante dos o más siglos. Visión positiva ahora: el noble indio, el indio sosegado y bueno, el hombre en el seno de la bondadosa naturaleza, pero no bruto y en estado de bestia (vs. 139-140), sino ser racional dotado de humanidad cristiana, y perfeccionado por la redención de Cristo. Éste es el indio que captó la conciencia histórica popular española a través de un auto casi sacramental, que al incorporar los temas cardinales americanos, llevó el mensaje indiano hasta los más apartados rincones de España.

NOTAS

¹ Cf. Edmundo O'GORMAN, *La conciencia histórica en la Edad Media*, El Colegio de México, 1942, pp. 35-36.

² El *Espejo de gentileza y hospitales de damas y galanes*, y las *Cortes de casto amor*, autos dedicados asimismo al Rey.

³ Nos servimos del texto de la *Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneyra, t. 35.

⁴ Pedro José PIDAL, "Noticia preliminar" a la *Danza de la Muerte*, en la *Bibl. de Autores Españoles*, t. 57, p. xlv.

⁵ Ángel VALBUENA PRAT, *Historia de la literatura española*, Barcelona, 1937, t. 1, p. 640. Valbuena sigue fielmente en estos juicios a don Marcelino MENÉNDEZ PELAYO (véase la *Historia de la poesía castellana en la Edad Media*, Madrid, 1913, t. 1, pp. 344-347).

⁶ *Hist. de la literatura esp.*, t. 1, p. 640.

⁷ Don Quijote persiguió a la Muerte, al Emperador, al Diablo, al Ángel, a la Reina, a Cupido y a "otras personas, de diferentes trajes y rostros". Entre éstas se hallaban sin duda los indios. Por lo que se refiere al diosецillo del amor, Cervantes hacía quizá una confusión con otro de los autos de Caravajal, las *Cortes de casto amor*.

⁸ Sobre el influjo lascasiano indianista véase Concha MELÉNDEZ, *La novela indianista en Hispanoamérica (1832-1889)*, Ed. de la Universidad de Puerto Rico, Madrid, 1934, en especial el capítulo 1.

⁹ Véase el *De unico vocationis modo...*, cap. 5.

¹⁰ Alusión metafórica que recuerda el hecho real de que el vino en pellejos que se enviaba a las Indias se avinagraba en la dilatada travesía.